

Domingo 18 de julio de 1993
El Evangelio del Domingo, Diario "El Sur"

Mt 13,24-43

Los justos brillarán como el sol

El Evangelio de este domingo nos propone tres parábolas: la parábola de la cizaña, y las parábolas complementarias del grano de mostaza y de la levadura en la masa. Todas comienzan con la frase: "El Reino de los cielos es semejante a..."

La parábola del grano de mostaza tiene la finalidad de enseñar que, en contraste con sus humildes inicios, la enseñanza de Cristo estaba destinada a crecer y difundirse y llenar la tierra. En efecto, el grano de mostaza es la más pequeña de las semillas, pero una vez que crece, se hace un gran árbol que cobija a las aves del cielo. Nosotros leemos esta parábola ahora que la Iglesia de Cristo está establecida en todos los Continentes y en todos los rincones de tierra, es decir, cuando es un gran árbol que cobija a mil millones de hombres (si bien la población de la tierra supera los cinco mil millones). Pero no debemos olvidar que fue dicha por Cristo cuando sus seguidores eran sólo un pequeño grupo en un alejado rincón del mundo. El cumplimiento de este anuncio de Jesús, que en su momento fue una magnífica profecía sobre el desarrollo de su Iglesia, constituye uno de los motivos de credibilidad de la fe cristiana.

Según el Catecismo de la Iglesia Católica, "la propagación y la santidad de la Iglesia, su fecundidad y su estabilidad son signos ciertos de la revelación, adaptados a la inteligencia de todos, motivos de credibilidad que muestran que el asentimiento de la fe no es, en modo alguno, un movimiento ciego del espíritu" (N. 156).

La parábola de la levadura que fermenta toda la masa indica una misión esencial de los cristianos. Ellos han recibido de su Señor la misión de "hacer discípulos de todos los pueblos, enseñándoles a observar todo lo que Cristo les enseñó" (cf. Mt 28,19-20). Hoy día es frecuente escuchar a personas públicas declararse cristianos, y hasta católicos practicantes, y acto seguido, apoyar campañas contra la enseñanza de la Iglesia católica. A menudo argumentan que vivimos en una sociedad "pluralista" y que hay que respetar las opiniones que disienten del cristianismo. En realidad, el que piensa y actúa como si la enseñanza de Cristo fuera una más entre otras igualmente respetables, no ha entendido nada del cristianismo y no puede considerarse un auténtico discípulo de Cristo. Cristo no presentó su doctrina como una opinión entre otras, sino como "la verdad" y afirmó sin vacilación: "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5). Un cristianismo que se resigna a ser una doctrina entre otras, simplemente no es "cristiano", eso es una creación nuestra, un cristianismo a nuestra medida.

El verdadero cristiano está convencido de que Cristo es el Hijo de Dios hecho hombre y que vino a este mundo para comunicarnos la verdad salvífica. Está convencido de que la doctrina de Cristo, tal como la enseña la Iglesia, es la verdad sobre el hombre y que es la única que conduce al hombre y la sociedad a la vida y a la salvación. El verdadero cristiano está convencido de que fuera de la ley de Cristo se desencadenan las fuerzas de la muerte para el hombre y para la sociedad. Una sencilla analogía puede aclarar: si un médico está convencido de que un determinado fármaco acarreará la muerte al paciente, debe oponerse con todas sus fuerzas a que al enfermo se suministre ese fármaco, aun contra la opinión de todos sus colegas. Y si, en atención a la mayoría o respetando el "pluralismo", dicho médico aprobara el suministro de ese remedio, él estaría aprobando la muerte del paciente. Para un cristiano aprobar una ley de divorcio, o una ley de aborto o aprobar la difusión de los preservativos es hacerse cómplice de las fuerzas de muerte para la sociedad. La parábola de la levadura en la masa nos enseña que los discípulos de Cristo no deben pasar inadvertidos en la masa, sino fermentarla toda.

La parábola de la cizaña es la que tiene un mayor desarrollo y es de la única que se nos da una explicación. En el tiempo de Jesús, si alguien quería hacer daño a un enemigo, solía venir de noche y sembrar cizaña en su campo en medio del trigo. La cizaña es una maleza que tiene la particularidad de ser muy semejante al trigo cuando recién brota y de confundirse con él. En cambio, se distingue claramente del trigo cuando ambos llegan a su pleno desarrollo. Hay que esperar hasta ese momento, porque antes existe el peligro de arrancar el trigo junto con la cizaña. Por eso cuando los siervos del dueño del campo proponen ir a arrancar la cizaña, entre los oyentes de Jesús se debió levantar este clamor: "No, no se hace así; hay que esperar hasta el tiempo de la siega". Es lo que quiere enseñar Jesús: el trigo son los hijos del Reino, la cizaña son los hijos del Maligno; pero si nos impacientamos y queremos discernir entre unos y otros antes de tiempo, nos equivocamos. No debemos impacientarnos y querer acabar con el mal en el mundo; hay que esperar hasta la siega: "la siega es el fin del mundo... de la misma manera que, en el momento de la siega, se recoge la cizaña y se la quema en el fuego, así será al fin del mundo... entonces los obradores de iniquidad serán arrojados al horno de fuego... y los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre".

El juicio pertenece a Dios. Sólo El puede conocer las motivaciones de nuestro corazón y éstas quedarán al descubierto solamente en el juicio final. Entretanto es verdad que "la mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón" (1Sam 16,7).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción